

Una historia casi verdadera

La estirpe de
los cuatro Robertos

de las familias Valero, Garcés, Valdés y de Luna
entre el río Bravo y la colonia Roma, 1753 – 1969

PARA CARLOS VALERO VALDÉS

En esta familia los nombres
no se heredan: regresan.

DICHO QUE NADIE RECUERDA HABER INVENTADO

Nota para el lector

Este libro está hecho de dos materias. La primera es dura como el carbón y salió de los archivos: nombres, fechas, parroquias, actas de bautismo y de matrimonio, y la hoja del censo de 1930 que un empadronador llenó a mano en Allende, Coahuila. La segunda es blanda como el humo de una vela y la puso quien escribe: el clima de aquellas mañanas, lo que soñaban las mujeres de los mineros, un banjo que sonaba solo, la manera en que dos personas se miraron por primera vez.

Para que nadie confunda una cosa con la otra, cada capítulo termina con una tarjeta de archivo titulada *Lo que consta*, donde solamente aparece lo que dicen los papeles, y al final del libro hay un apéndice con todos los datos reunidos. Lo demás es invención; o, para decirlo con más justicia, es memoria que todavía no ha sido encontrada.

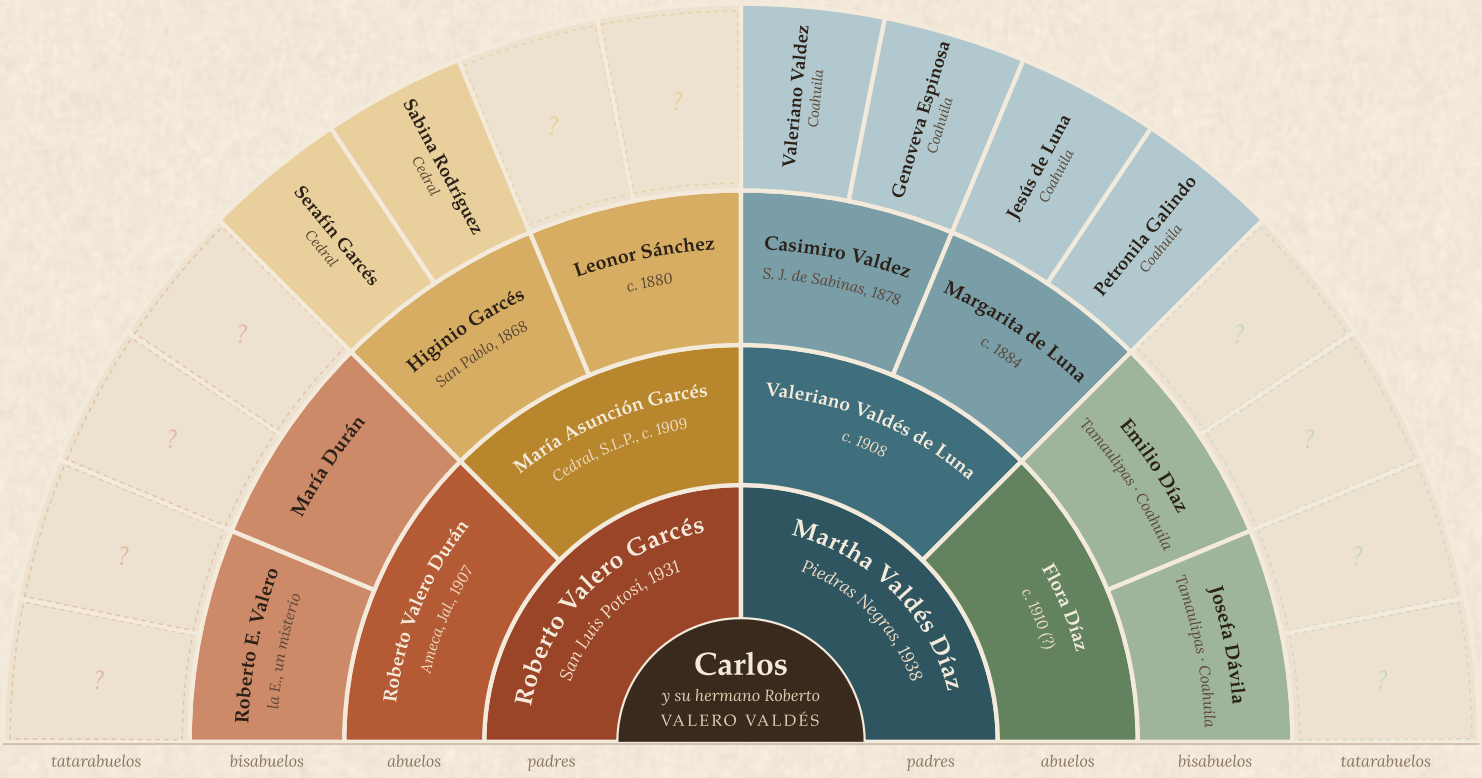
Las fotografías muestran los lugares, no a las personas. Las tomaron otros ojos, en otros años, y se reproducen aquí gracias a sus licencias libres. Los créditos completos están en las últimas páginas.

Índice

	El árbol	5
	Los caminos	6
	Los nombres que regresan *prólogo*	7
I	San Fernando de Austria 1753 – 1902	8
II	El carbón de Sabinas 1878 – 1910	12
III	El río de los dos nombres 1910 – 1930	15
IV	Cedral, al pie de la sierra de plata 1726 – 1929	19
V	Los Valero, gente de camino 1905 – 1931	23
VI	La ciudad de las piedras negras 1850 – 1950	27
VII	Setenta y cuatro arcos 1931 – 1969	31
	La estirpe de los cuatro Robertos *coda*	36
	Lo que dicen los papeles *apéndice*	37
	Créditos de las imágenes	39

El árbol

cinco generaciones; los espacios con signo de interrogación son puertas que todavía no se abren

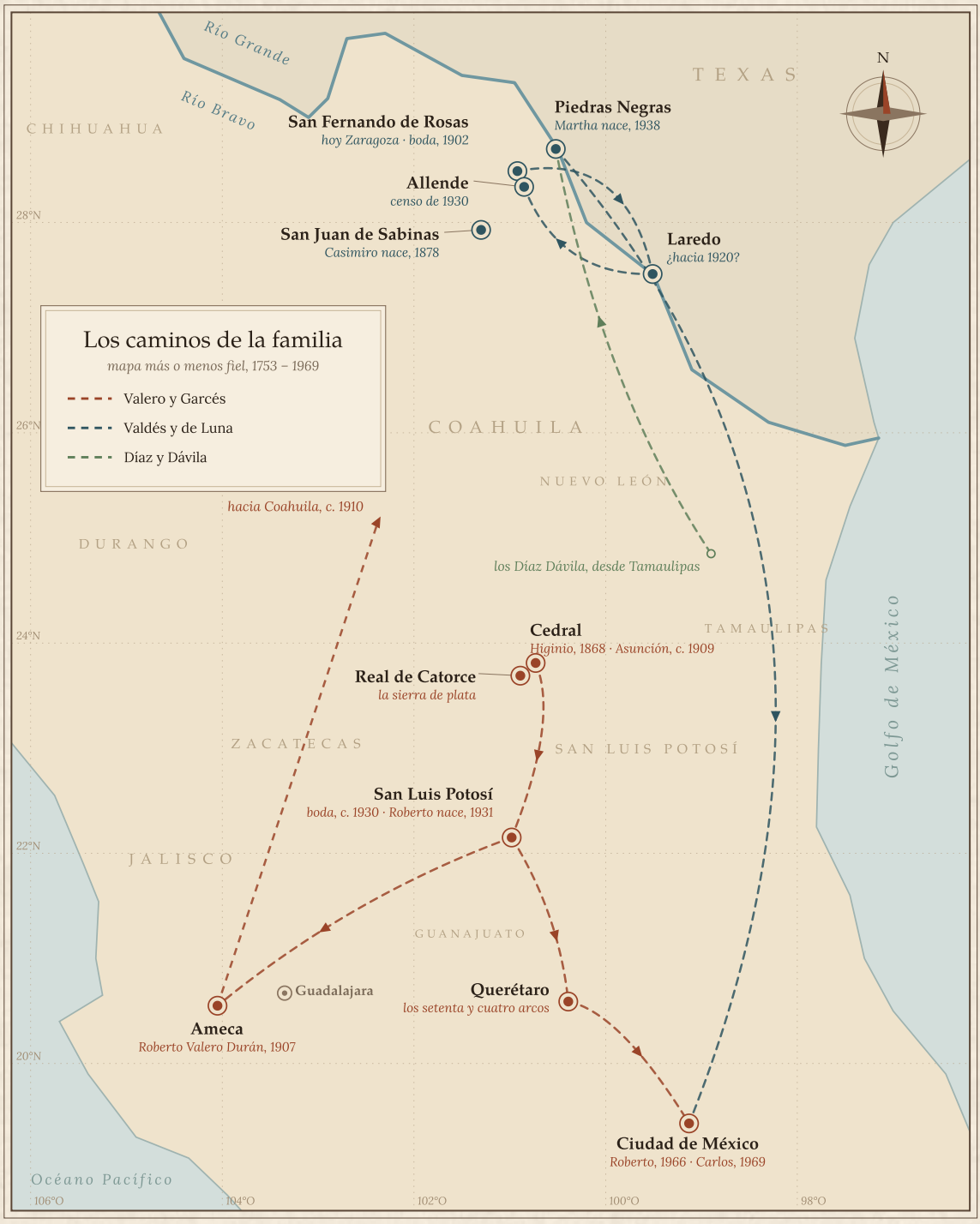


Terracota, los Valero: gente de camino, de Ameca a San Luis Potosí y a Coahuila.

Ocre, los Garcés: el altiplano de Cedral y la sierra de plata.

Pizarra, los Valdés y los de Luna: el carbón de Sabinas, los nogales de San Fernando, el río.

Verde salvia, los Díaz y los Dávila: la rama que despertó, de Tamaulipas a Coahuila.



Los lugares están donde están; los caminos entre ellos, casi siempre, son conjeturas.

Los nombres que regresan

prólogo

Hubo en esta familia cuatro hombres que se llamaron Roberto, uno detrás de otro, como las cuentas de un rosario que alguien reza sin prisa. Hubo dos Valerianos separados por medio siglo, dos Casimiros que durmieron bajo el mismo techo, dos Margaritas que se peinaron con el mismo peine, y tantas Marías que las abuelas, para no confundirlas, tuvieron que llamarlas por el segundo nombre: María de la Luz, María Asunción. Nadie lo decidió así. Los nombres sencillamente regresaban, como regresan las golondrinas a los aleros de una casa aunque la casa haya cambiado de dueño, y se acomodaban en el recién nacido con la naturalidad de quien vuelve a su cuarto después de un viaje largo y encuentra la cama tendida.

Esta es la historia de cómo caminaron esos nombres. Salieron de entre los nogales de una villa de frontera y subieron del fondo de las minas de carbón; cruzaron el río Bravo en una lancha y lo volvieron a cruzar en sentido contrario; durmieron en el altiplano de San Luis Potosí, al pie de una sierra que tenía plata por dentro; viajaron en tren desde Jalisco con un banjo envuelto en una cobija; pasaron bajo los setenta y cuatro arcos del acueducto de Querétaro y llegaron, como llegan casi todas las historias de este país, a la Ciudad de México, a una calle de la colonia Roma que, por una de esas casualidades que en esta familia nunca fueron casualidad, se llamaba San Luis Potosí.

Son dos ríos que se juntan. Uno baja del norte, negro de carbón y dorado de trigo: es la sangre de los Valdés y los de Luna. El otro sube del altiplano, blanco de cal y plateado de mina: es la sangre de los Valero y los Garcés. Este libro los sigue a los dos hasta el lugar donde se encuentran, que es el número 143 de esa calle, el 26 de marzo de 1969, el día en que nace un niño que no se llamó Roberto.



I

San Fernando de Austria

ZARAGOZA, COAHUILA · 1753 – 1902

Un pueblo que cambió tres veces de nombre sin moverse nunca de su sitio.

Pinturas rupestres de la cueva de San Vicente, municipio de Zaragoza, Coahuila

Antes que nadie, alguien pintó figuras rojas en el techo de una cueva cercana: hombres con los brazos abiertos, soles con pestañas, una fila de cabezas redondas que parecían esperar turno para algo que nunca llegó a ocurrir. Nadie sabe quién las pintó ni para quién. Los primeros colonos las encontraron ya viejas y prefirieron no tocarlas, porque en la frontera uno aprendía pronto a respetar lo que estaba ahí desde antes, aunque no supiera para qué servía.

La villa se fundó el primero de febrero de 1753, después de cuatro años de papeles que iban y venían entre la capital del virreinato y el desierto, y se llamó San Fernando de Austria, un nombre que sonaba a corte europea y a misa de catedral aunque el pueblo era apenas un puñado de casas de adobe alrededor de una acequia. Sembraron trigo, maíz y frijol; criaron vacas, cabras y caballos; cuidaron unos nogales que con los años se volvieron tan altos y tan solemnes que los niños creían que eran ellos, y no el cura, quienes llevaban la cuenta de los bautismos. Hubo años de sobresalto. En 1763 los lipanes cayeron sobre la villa y siete colonos no volvieron a ver la cosecha; todavía en 1840 los soldados salían a perseguir comanches por los llanos, y las mujeres aprendieron a amasar el pan con un ojo en la masa y el otro en el horizonte.

En 1827, cuando ya no había rey que mandara en estas tierras, el pueblo amaneció llamándose San Fernando de Rosas, y nadie supo explicar de dónde habían salido las rosas, porque en toda la villa no había más flores que las del nopal. En 1868 cambió otra vez y se llamó Zaragoza, en memoria de un general nacido del otro lado del río. Los vecinos aceptaron los tres nombres con la misma paciencia con que aceptaban las sequías, y mientras el pueblo se cambiaba de nombre como quien se cambia de camisa, ellos siguieron llamándose exactamente igual que sus abuelos. Fue ahí, quizá, donde empezó la terquedad de esta familia con los nombres.



Una iglesia de Zaragoza, el antiguo San Fernando, en nuestros días.

Allí vivieron Jesús de Luna y Petronila Galindo. Esta historia no sabe a qué se dedicaba él, pero prefiere imaginarlo midiendo el tiempo por la sombra de los nogales, y a ella guardando las nueces de cada año en frascos rotulados con una letra tan cuidada que parecían actas del registro civil. Hacia 1884 tuvieron una hija a la que llamaron Margarita, y se cuenta que la niña nació con el pelo tan negro y tan lacio que la partera tuvo que peinarla antes de entregársela a su madre.

Margarita creció entre el trigo y las campanas. A los diecisiete años conoció a un muchacho que venía del sur, de la tierra del carbón, con las rayas de las manos tan llenas de hollín que ningún jabón del mundo pudo nunca lavárselas. Ella le dijo que le gustaban así, porque parecían los caminos de un mapa. Se llamaba Casimiro Valdez. Se casaron el 10 de febrero de 1902, en pleno invierno, con los nogales desnudos y el cielo tan limpio que desde el atrio se alcanzaba a ver la línea plateada del río. El libro donde quedó escrito el matrimonio dice San Fernando de Rosas, aunque hacía treinta y cuatro años que el pueblo se llamaba Zaragoza, porque los papeles, como los viejos, tardan mucho en enterarse de que el mundo ha cambiado de nombre.

Ficha del archivo familiar · capítulo I

LO QUE CONSTA cap. I

- La villa de San Fernando de Austria fue decretada en 1749 y fundada el 1 de febrero de 1753. Se llamó San Fernando de Rosas desde el 7 de agosto de 1827 y Zaragoza desde el 27 de febrero de 1868.
- En 1763 un ataque lipán costó la vida a siete colonos; en 1840 todavía se perseguía a partidas comanches. Se cultivaba trigo, maíz, frijol y nuez, y se criaba ganado.
- Margarita de Luna, nacida hacia 1884, era hija de Jesús de Luna y Petronila Galindo.
- Casimiro Valdez y Margarita de Luna se casaron el 10 de febrero de 1902; el registro menciona San Fernando de Rosas.

Inventado: los oficios de Jesús y Petronila, los frascos, el peinado de la partera, el mapa en las manos de Casimiro.



II

El carbón de Sabinas

SAN JUAN DE SABINAS, COAHUILA · 1878 – 1910

Debajo del pueblo había una noche antigua, guardada en capas como las hojas de un libro.

Puente rojo del ferrocarril en Sabinas, Coahuila

Casimiro Valdez nació en 1878 en San Juan de Sabinas, hijo de Valeriano Valdez y de Genoveva Espinosa, en un tiempo en que nadie sospechaba todavía que debajo de las milpas y los mezquites había una noche antigua, guardada en capas como las hojas de un libro que nadie había abierto. Los viejos decían que en las noches sin luna, si uno pegaba la oreja al suelo, se oía respirar algo muy grande y muy dormido. Genoveva no les creía. Pero cuando su hijo tenía cinco años lo despertó una mañana un silbido tan largo que las cabras echaron a correr hacia la sierra y no regresaron en tres días: era el 3 de diciembre de 1883 y acababa de llegar el ferrocarril a Sabinas.

Detrás del tren llegaron los ingenieros, y detrás de los ingenieros llegaron las palas. En 1884 abrieron la tierra y encontraron el carbón, y la noche antigua empezó a salir del suelo en carretillas, tan negra y tan brillante que los niños se asomaban a verla esperando encontrar estrellas adentro. Desde entonces el pueblo cambió de color. Las sábanas tendidas amanecían grises, los gallos cantaban con la voz ronca y las mujeres de los mineros empezaron a soñar en blanco y negro, como en las fotografías que todavía no conocían. Genoveva, que lavaba la ropa en el río, aprendió a leer el porvenir en las manchas de hollín que dejaba el agua del enjuague: un círculo cerrado anunciaba un nacimiento, una línea larga era un viaje, y dos manchas juntas que no llegaban a tocarse eran una boda en otro pueblo.

Fue en esas manchas, dicen, donde vio por primera vez el nombre de Margarita.

La región aprendió también que la noche de abajo cobra su precio: en 1889 la desgracia de la mina de El Hondo vistió de luto a toda la comarca, y durante años nadie se atrevió a silbar dentro de los socavones. Casimiro creció entre esos dos mundos, el de arriba, donde el sol caía a plomo sobre los techos de lámina, y el de abajo, donde el tiempo se había detenido hacía millones de años y nadie lo había echado de menos. Cuando le llegó la edad de buscar mujer, se lavó las manos durante tres días seguidos con jabón de lejía y ceniza, y como el hollín no quiso irse, se fue él: tomó el camino del norte hacia San Fernando con un sombrero nuevo y una camisa que su madre había planchado tantas veces que se podía parar sola.

Tuvo suerte. La muchacha de los nogales lo prefirió así, con las manos tiznadas, y en las cartas que nunca escribió pero que todos en la familia juran haber leído, Margarita le contaba a su madre que en la casa nueva el aire olía a pan y no a azufre, y que pensaba quedarse a vivir para siempre dentro de ese olor.

No fue para siempre, porque en esta familia nada lo es. Pero de ese matrimonio nacieron, entre 1906 y 1923, por lo menos ocho hijos, y al segundo de ellos le pusieron Valeriano, como el abuelo de la mina. Fue el primer nombre que regresó.

Ficha del archivo familiar · capítulo II

LO QUE CONSTA cap. II

- Casimiro Valdez nació en 1878 en San Juan de Sabinas, Coahuila. Sus padres fueron Valeriano Valdez y Genoveva Espinosa.
- El ferrocarril llegó a Sabinas el 3 de diciembre de 1883; la explotación del carbón comenzó en 1884; en 1889 ocurrió la catástrofe de la mina El Hondo.
- El segundo hijo conocido de Casimiro y Margarita, nacido hacia 1908, se llamó Valeriano, como su abuelo paterno.

Inventado: el silbido y las cabras, los sueños en blanco y negro, el porvenir en el agua del enjuague, las cartas.



III

El río de los dos nombres

DEL RÍO BRAVO A ALLENDE · 1910 – 1930

Un río que tiene un nombre para cada orilla, y un agua que no sabe leer ninguno.

Refugiados mexicanos desembarcan en Laredo, Texas, después de cruzar el río (hacia 1914)

El río que pasa frente a Piedras Negras tiene dos nombres, uno para cada orilla. De este lado se llama Bravo, del otro lado se llama Grande, y el agua, que no sabe leer, sigue bajando hacia el golfo sin hacer caso de ninguno de los dos. En 1910, cuando estalló la Revolución, el río se volvió una puerta. Entre trescientas mil y un millón de personas la cruzaron en esos diez años, a pie, a caballo, en lanchas de remo y en vagones de carga, con los colchones amarrados al lomo de las mulas y las imágenes de los santos envueltas en periódico.

Los papeles no dicen cuándo cruzaron los Valdez ni por dónde. Dicen solamente, con la voz baja de lo probable, que hacia 1920 la familia aparece del otro lado, en el condado de Webb, que es el de Laredo, y que diez años después estaba de vuelta en Coahuila. Lo demás hay que adivinarlo. Esta historia prefiere imaginar a Margarita sentada en la proa de una lancha con una niña dormida en cada brazo, a Casimiro remando con sus manos de carbón, y a los muchachos mayores, Nolberto y Valeriano, mirando cómo la orilla de México se hacía pequeña, sin entender todavía que uno puede irse de un país sin salirse del mismo río.

Del otro lado aprendieron palabras nuevas. Los niños decían *window* y *bucket* y *Sunday*, y se reían de que en ese idioma el domingo empezara con una ese, como de sol. Casimiro trabajó en lo que hubo, y Margarita llenó una casa ajena con olor a tortillas de harina hasta que la casa dejó de ser ajena. Pero el río tiene su manera de llamar a los suyos, y una mañana sin aviso la familia volvió a cruzarlo en sentido contrario. Al poner el pie en la arena mexicana, los niños descubrieron que las palabras en inglés se les habían quedado flotando a mitad del agua, y que nunca más pudieron recordarlas. Algo parecido le pasó al apellido: en algún momento de esos años la zeta de Valdez se fue ablandando hasta volverse ese, como si el nombre también se hubiera mojado al cruzar.



Allende, Coahuila: aquí encontró a la familia el censo de 1930.

Se establecieron en Allende, un pueblo de manantiales y de nogales a medio camino entre el carbón y el río. Allí los encontró, en mayo de 1930, el hombre del censo. Era un empadronador flaco, con lentes redondos y un frasco de tinta que cargaba como si fuera una reliquia, y llegó a la casa a la hora en que el sol hace brillar las paredes encaladas. Casimiro le dictó los nombres en orden, del mayor al más chico, y el hombre los fue escribiendo con una letra que todavía hoy se

puede leer: Nolberto, Valeriano, Margarita, Alberto, Enriqueta, Casimiro, Berta, Alfonso. Cuando llegó al sexto nombre, la tinta se negó a secar, porque era igual al del padre y el papel no acababa de aceptar que hubiera dos Casimiros en la misma hoja. El empadronador tuvo que soplarle un buen rato, y se fue convencido de que en esa casa vivía más gente de la que le habían dictado.

Tenía razón. Vivían también los que todavía no habían nacido.

Ficha del archivo familiar · capítulo III

LO QUE CONSTA cap. III

- Entre 1910 y 1920, entre 300 000 y un millón de personas salieron de México hacia Texas huyendo de la Revolución.
- Hacia 1920 la familia de Casimiro Valdez parece haber vivido en el condado de Webb, Texas. Es un dato probable, no confirmado.
- Censo de 1930, Allende, Coahuila: Casimiro Valdez y Margarita de Luna con sus hijos Nolberto (c. 1906), Valeriano (c. 1908), Margarita (c. 1914), Alberto (c. 1915), Enriqueta (c. 1917), Casimiro (c. 1919), Berta (c. 1921) y Alfonso (c. 1923).
- El apellido aparece escrito Valdez en las generaciones antiguas y Valdés en las recientes.

Inventado: la lancha, las palabras en inglés, el empadronador de lentes redondos y su tinta terca.



IV

Cedral, al pie de la sierra de plata

CEDRAL, SAN LUIS POTOSÍ · 1726 – 1929

En el altiplano el cielo está tan cerca que las campanas tienen que tocar más bajito.

Yucas en los alrededores de Real de Catorce, San Luis Potosí

Muy lejos de allí, en el altiplano de San Luis Potosí, donde el cielo está tan cerca que las campanas tienen que tocar más bajito para no rajarlo, había desde 1726 una hacienda llamada la Vaquera. En 1795 la hacienda se puso un nombre de santa y de árbol y se llamó Santa María de la Asunción del Cedral, y en 1826 se volvió municipio. La Virgen de la Asunción la cuidaba desde el altar, y cada año, del 31 de julio al 15 de agosto, el pueblo entero le hacía fiesta con cohetes, danzas y una procesión tan larga que la cabeza ya estaba de regreso en la iglesia cuando la cola apenas iba saliendo.

A veinticuatro kilómetros, por un camino empedrado que subía la sierra como una culebra cansada, estaba Real de Catorce, el mineral de plata. Por ese camino bajaban las recuas cargadas de metal y subían las de maíz y de pulque, y los arrieros juraban que en las noches de luna la sierra brillaba por dentro, como una lámpara tapada con un trapo. Los niños de Cedral crecían oyendo esa historia, y aunque ninguno había visto la plata con sus propios ojos, todos sabían que estaba ahí, igual que se sabe que está el corazón aunque nadie lo haya visto nunca.



Real de Catorce en una fotografía antigua: la sierra que tenía plata por dentro.

En esos rumbos vivían Serafín Garcés y Sabina Rodríguez, que llevaban a bautizar a sus hijos a la parroquia de Cedral: uno el 9 de mayo de 1858, otro el 23 de agosto de 1859, y después otros más. El 11 de enero de 1868 les nació en San Pablo un niño al que llamaron Higinio. Hacía tanto frío aquel enero que el agua de la pila bautismal tuvo que entibiarse con el aliento de los padrinos, y el cura, que tenía prisa por volver al brasero, le echó la bendición tan deprisa que el niño se pasó la vida sintiendo que le había quedado un pedacito sin bendecir, más o menos a la altura del codo izquierdo, y se lo cuidaba mucho.

Higinio se casó con Leonor Sánchez, unos doce años menor que él, que según esta historia tenía las manos más frías y el pan más caliente de todo el altiplano. Tuvieron hijas, por lo menos cuatro: Asunción, Juana, Margarita y Consuelo. Una de ellas nació hacia 1909 y la bautizaron María Asunción, igual que la Virgen del pueblo, quizá porque Leonor había hecho una promesa, quizá porque en Cedral era la manera más segura de que una niña tuviera siempre quien la cuidara. A cada una de las hermanas le tocó un don. Juana encontraba agua con una vara de membrillo. Margarita cantaba en el patio y las gallinas ponían huevos de dos yemas. Consuelo le hacía honor a su nombre sin proponérselo. Y Asunción podía oír los trenes antes de que silbaran.

Los trenes habían llegado a Cedral desde que, el 22 de mayo de 1883, se otorgó la concesión del ferrocarril, y Asunción, desde muy niña, sabía cuándo venía uno mucho antes que el jefe de estación: se le erizaba la nuca, dejaba lo que estuviera haciendo y decía: ya viene. Nunca se equivocó. La única vez que pareció equivocarse, porque dijo ya viene y no pasó ningún tren en todo el día, fue porque lo que venía no era un tren sino un hombre, y el hombre tardó todavía algunos años en llegar.



Cedral hoy: las letras del pueblo y, detrás, su iglesia.

En 1910, el mismo año en que el país empezaba a incendiarse por el norte, en Cedral quedó en pie una iglesia nueva, obra de Octaviano L. Cabrera, con unas campanas que, como todas las del altiplano, aprendieron a tocar bajito. La familia de Higinio iba a misa con las cuatro hijas peinadas de trenza, en fila, de la más alta a la más baja, y la gente decía que parecían los tubos de un órgano. Nadie podía saber que una de esas trenzas iba a terminar, muchos años después, enredada en las cuerdas de un banjo.

Ficha del archivo familiar · capítulo IV

LO QUE CONSTA cap. IV

- La hacienda de la Vaquera existía desde 1726; en 1795 tomó el nombre de Santa María de la Asunción del Cedral y en 1826 se erigió en municipio. Su patrona es la Virgen de la Asunción, con fiesta del 31 de julio al 15 de agosto.
- Un camino empedrado de unos 24 km une Cedral con Real de Catorce, mineral de plata. La concesión del ferrocarril se otorgó el 22 de mayo de 1883. La iglesia de Octaviano L. Cabrera es de 1910.
- Serafín Garcés y Sabina Rodríguez bautizaron hijos en Cedral el 9 de mayo de 1858 y el 23 de agosto de 1859.
- Higinio Garcés nació el 11 de enero de 1868 en San Pablo y fue bautizado en Cedral. Se casó con Leonor Sánchez (n. c. 1880). Hijas conocidas: María Asunción (c. 1909, Cedral), Juana, Margarita y Consuelo.

Inventado: el agua entibiada con aliento, los dones de las cuatro hermanas, los trenes que Asunción oía antes de tiempo.



V

Los Valero, gente de camino

SAN LUIS POTOSÍ · AMECA · COAHUILA · 1905 – 1931

Tuvieron cuatro hijos en tres estados, como quien siembra a la orilla del camino.

La antigua estación del ferrocarril en Ameca, Jalisco

Los Valero, en cambio, no eran de ningún lugar, o eran de todos los lugares donde se detenía el tren. Roberto E. Valero y María Durán tuvieron cuatro hijos en tres estados, como quien siembra a la orilla del camino: María de la Luz nació hacia 1905 en San Luis Potosí; Roberto, el 19 de enero de 1907 en Ameca, Jalisco, a unos ochenta kilómetros de Guadalajara; Celia, hacia 1910, en Coahuila; y José Efraín Florencio, al que bautizaron con tres nombres para que no le faltara ninguno, hacia 1911.

Nadie supo nunca qué quería decir la E. de Roberto E. Valero. Él decía que era de Esperanza cuando estaba contento, y de Espera cuando el tren se retrasaba. Sus hijos sospechaban que no quería decir nada, que era solo una puerta que su padre dejaba entreabierta por si algún día necesitaba salir corriendo de su propio nombre. Los papeles tampoco lo saben: en todos aparece así, con su letra sola, como una lámpara encendida en una casa vacía.

Esta historia no sabe qué oficio los hacía moverse tanto, pero prefiere creer que Roberto E. trabajaba en el ferrocarril, que se sabía de memoria los horarios de todas las estaciones entre Jalisco y la frontera, y que por las noches, para dormir a los niños, en lugar de cuentos les recitaba nombres de pueblos, Ameca, Etzatlán, Irapuato, Saltillo, Monclova, con la misma voz con que su suegra rezaba la letanía.

El segundo de los hijos, el que nació en Ameca, fue el segundo Roberto. Creció para ser enfermero y tocador de banjo, dos oficios que en el fondo son el mismo, porque los dos consisten en devolverle el compás a algo que lo ha perdido. De día cuidaba a sus enfermos con unas manos tan tranquilas que a los pacientes les bastaba con que él les tomara el pulso para sentirse acompañados; de noche tocaba el banjo con esas mismas manos, y la música le salía tan alegre que los perros del barrio dejaban de ladrar para escucharlo. El banjo, por cierto, tenía sus propias ideas: cuando un tren se acercaba, sus cuerdas empezaban a vibrar solas, muy bajito, como si reconocieran en el riel a un pariente lejano.



La estación de Cedral. En esta historia, aquí se bajó un banjo envuelto en una cobija.

Así llegó a Cedral. Esta historia no sabe por qué ni cuándo, pero sabe cómo: en un tren de la tarde, con el banjo envuelto en una cobija de lana y con las cuerdas sonando solas desde tres estaciones antes. En la casa de Higinio Garcés, una muchacha llamada Asunción dejó caer la cuchara dentro de la olla, se le erizó la nuca y dijo: ya viene. Esta vez no se equivocaba de nada. Él se bajó del tren, preguntó por una pensión, y antes de encontrarla oyó a lo lejos una voz que cantaba en un patio y unas gallinas que cacareaban como si hubieran puesto dos huevos a la vez. Se quedó parado en la calle con la maleta en una mano y el banjo en la otra, y nunca supo explicar por qué, a partir de ese día, cada vez que afinaba la primera cuerda le salía exactamente la nota con que Asunción pronunciaba su nombre.

Roberto Valero Durán y María Asunción Garcés se casaron hacia 1929 o 1930, y el matrimonio quedó asentado en San Luis Potosí. En 1931 nació un hijo, probablemente el primero, y nadie tuvo que discutir cómo se iba a llamar. Fue el tercer Roberto.

Ficha del archivo familiar · capítulo V

LO QUE CONSTA cap. V

- Roberto E. Valero y María Durán fueron padres de María de la Luz (c. 1905, San Luis Potosí), Roberto (19 de enero de 1907, Ameca, Jalisco), Celia (c. 1910, Coahuila) y José Efraín Florencio (c. 1911).
- Ameca está a unos 80 km de Guadalajara.
- Según la memoria familiar, Roberto Valero Durán fue enfermero y tocaba el banjo.
- Roberto Valero Durán y María Asunción Garcés se casaron hacia 1929-1930 (índice de matrimonios civiles de San Luis Potosí). Su hijo Roberto Valero Garcés nació en 1931 en San Luis Potosí.

Inventado: el oficio ferrocarrilero de Roberto E., el significado de la E., el banjo que sonaba solo, la llegada a Cedral y la manera en que se conocieron.



VI

La ciudad de las piedras negras

PIEDRAS NEGRAS, COAHUILA · 1850 – 1950

Una ciudad que se llama como lo que tiene debajo.

Puente internacional del ferrocarril sobre el río Bravo, fotografía del siglo XIX

Mientras tanto, en el norte, Valeriano Valdés de Luna se había hecho hombre. Tenía unos veintidós años cuando lo contó el empadronador de Allende, y en algún momento de los ocho años siguientes se casó con una mujer llamada Flora Díaz y se fueron a vivir a Piedras Negras, la ciudad que se llama como lo que tiene debajo.

La habían fundado el 15 de junio de 1850 como colonia militar, frente a Eagle Pass, y le pusieron Piedras Negras por las piedras de carbón que asomaban en las barrancas del río, como si la noche antigua de Sabinas hubiera seguido viajando por debajo de la tierra hasta salir a mirar el agua. Entre 1881 y 1883 llegó el ferrocarril y el río aprendió a cruzarse por arriba, sobre puentes de fierro que temblaban con cada locomotora. De 1888 a 1911 la ciudad se llamó Ciudad Porfirio Díaz, hasta que la Revolución le devolvió su nombre de piedra. Otra vez un lugar que cambiaba de nombre mientras la gente seguía llamándose igual.

Durante mucho tiempo, de Flora Díaz los papeles no dijeron casi nada: ni de dónde vino ni quiénes fueron sus padres. Por eso esta historia contaba que había llegado del río, que una tarde de creciente apareció en la orilla con un vestido seco y un canasto de flores que no se marchitaban, y que Valeriano, que estaba pescando, la vio y se olvidó de la caña para siempre. Era mentira, por supuesto, y la verdad resultó mejor.

Flora era hija de Emilio Díaz y de Josefa Dávila, y venía de una familia grande que había vivido en Tamaulipas antes de asentarse en Coahuila. Tuvo hermanos con nombres de novela, Enrique, Velia Ortensia, Marina, Leopoldo, Emilio, Bernardo, y fue de las más chicas: si es cierto que nació hacia 1910, cuando ella llegó al mundo su hermano Enrique ya era un hombre hecho y derecho, con bigote y opiniones. Marina se casó con Rodolfo Albuerne, y en la familia todavía se pronuncian sus nombres con la familiaridad de quien habla de alguien que acaba de salir a la tienda. Enrique y Bernardo, en cambio, tomaron el camino del sur y terminaron sus días en la Ciudad de México, de modo que cuando Martha, muchos años después, se fue a la capital, no llegaba a una ciudad extraña: allá estaban ya los tíos Díaz, esperándola sin saberlo. Así que Flora no salió del río. Salió de un apellido tan común que parecía no querer ser encontrado, y una noche de noviembre, mucho tiempo después, se dejó encontrar.

El 17 de abril de 1938, en Piedras Negras, nació su hija Martha. Era la primavera de la frontera, ese tiempo breve en que los mezquites se cubren de verde antes de que llegue el calor, y la niña nació mirando hacia el norte, hacia las luces de Eagle Pass, como si ya supiera que el mundo era más grande que su calle. Creció oyendo los trenes de carga que cruzaban el puente de noche, aprendió a distinguir los dos idiomas

que hablaba el río y, de su abuela Margarita, la de los nogales, heredó la costumbre de guardar las cosas importantes en frascos rotulados con buena letra.

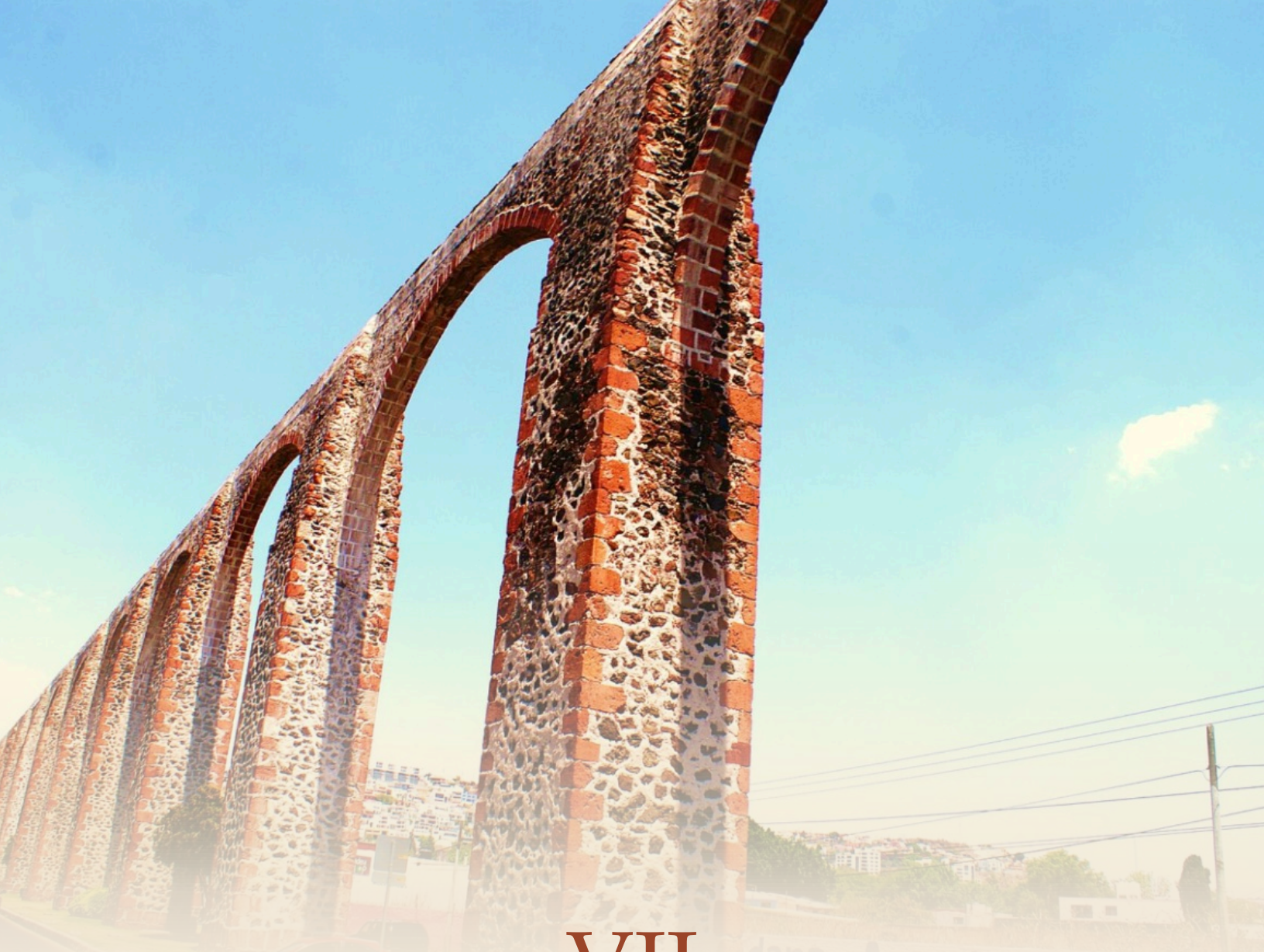
Un día Martha también se fue, como se van todos en esta historia, hacia el sur. Los papeles no dicen cuándo. Esta historia dice que se llevó en la maleta un frasco de tierra negra de Piedras Negras, con una etiqueta que decía, con buena letra, *el norte*, y que ese frasco viajó con ella el resto de su vida sin que nadie se atreviera nunca a destaparlo.

Ficha del archivo familiar · capítulo VI

LO QUE CONSTA cap. VI

- Piedras Negras fue fundada el 15 de junio de 1850 como colonia militar; su nombre alude al carbón. El ferrocarril llegó entre 1881 y 1883. Se llamó Ciudad Porfirio Díaz de 1888 a 1911. Está frente a Eagle Pass, Texas.
- Valeriano Valdés de Luna, nacido hacia 1908, se casó con Flora Díaz entre 1930 y 1938, por lo civil y por la iglesia.
- Flora era hija de Emilio Díaz y Josefa Dávila: así lo dicen su acta de matrimonio, el registro parroquial y su acta de defunción.
- Su hermana Marina, nacida en Tamaulipas, se casó con Rodolfo H. Albuerne. Muy probablemente fueron también sus hermanos Enrique A. (c. 1888 – 1962, murió en la Ciudad de México), Velia Ortensia, Leopoldo, Emilio y Bernardo.
- Martha Valdés Díaz nació el 17 de abril de 1938 en Piedras Negras, Coahuila.

Inventado: Flora saliendo del río, el bigote de Enrique, las luces de Eagle Pass, el frasco de tierra negra, los tíos esperando en la capital.



VII

Setenta y cuatro arcos

SAN LUIS POTOSÍ · QUERÉTARO · CIUDAD DE MÉXICO · 1931 – 1969

Cada arco carga exactamente su parte del peso, y el agua pasa por encima sin dar las gracias.

Los arcos del acueducto de Querétaro

El tercer Roberto nació en San Luis Potosí en 1931 y fue uno de siete hermanos, cuatro hombres y tres mujeres, entre ellos una niña llamada Blanca Estela, que de todos los nombres de esta historia es el único que suena a nieve. La casa de Roberto Valero Durán y Asunción Garcés se llenó de voces, de banjo y de pasos, y Asunción, que seguía oyendo los trenes antes de que silbaran, fue la primera en saber que la familia se iba a mudar: una mañana se le erizó la nuca, se puso a envolver los platos en periódico, y cuando su marido le preguntó qué hacía le contestó que ya venía el tren, aunque nadie había comprado todavía los boletos.

Se fueron a Querétaro cuando Roberto, el hijo, era un adolescente, y el muchacho se encontró de golpe con los setenta y cuatro arcos del acueducto, que cruzan el valle como una frase muy larga dicha por alguien que no tiene ninguna prisa. Le gustaron desde el primer día. Le gustaba que fueran tantos y tan iguales, que cada uno cargara exactamente su parte del peso, que el agua hubiera pasado por encima de ellos durante más de doscientos años sin que nadie tuviera que darles las gracias. Esta historia sospecha que fue ahí, contando arcos de camino a la escuela, donde decidió hacerse ingeniero.

Era un muchacho de pocas palabras y voz grave, tan grave que cuando decía algo los vasos de la alacena vibraban un poco, y quizá por eso aprendió a decir cada cosa una sola vez. Se fue a la Ciudad de México a estudiar ingeniería en la Universidad Nacional, y la ciudad, que en esos años crecía tan deprisa que los mapas envejecían antes de salir de la imprenta, lo recibió con su ruido de tranvías y su cielo todavía azul.



Una casa antigua en la calle San Luis Potosí, colonia Roma.

Los papeles no dicen dónde ni cómo conoció a Martha Valdés Díaz, la muchacha de Piedras Negras que guardaba las cosas importantes en frascos. Esta historia prefiere imaginar que fue en un camión de la colonia Roma, una tarde de lluvia, que ella se sentó junto a él con un frasco de tierra negra en el regazo y que él, que no hablaba casi nunca, le preguntó qué llevaba ahí. Ella le contestó: el norte. Él no dijo nada más en todo el trayecto, pero se bajó en la parada de ella y no en la suya, y eso, para un hombre de tan pocas palabras, era una declaración completa.

Así se juntaron por fin los dos ríos: el negro de carbón y el blanco de cal, el que bajaba del Bravo y el que subía del altiplano.

El 7 de octubre de 1966 nació su hijo Roberto. Nadie tuvo que pensar el nombre: fue el cuarto Roberto, y la familia lo recibió con la tranquilidad de quien ve regresar a alguien que ya conoce. Y el 26 de marzo de 1969, en el número 143 de la calle San Luis Potosí, en la colonia Roma, una calle que llevaba el nombre de la tierra donde había nacido su padre, nació otro niño. Esta vez el nombre no regresó. Le pusieron Carlos.

Creció en la calle Sinaloa, en el número 186, en una colonia de casas viejas con balcones de piedra, árboles que levantaban las banquetas con la paciencia de quien em-

puja una puerta durante cincuenta años, y patios donde, si uno se quedaba muy quieto a la hora de la siesta, todavía podía oírse, muy lejos, un banjo.



Calles arboladas de la colonia Roma, donde creció Carlos.

Ficha del archivo familiar · capítulo VII

LO QUE CONSTA cap. VII

- Roberto Valero Garcés nació en 1931 en San Luis Potosí. Fue uno de siete hermanos (cuatro hombres y tres mujeres), entre ellos Blanca Estela. La familia se mudó a Querétaro durante su adolescencia. Estudió ingeniería en la UNAM. Hombre reservado, de pocas palabras y voz grave (memoria familiar).
- El acueducto de Querétaro tiene setenta y cuatro arcos.
- Roberto, hijo de Roberto Valero Garcés y Martha Valdés Díaz, nació el 7 de octubre de 1966. Carlos nació el 26 de marzo de 1969 en la calle San Luis Potosí 143, colonia Roma, y creció en Sinaloa 186, en la misma colonia.

Inventado: la mudanza adivinada por Asunción, los vasos que vibraban, el camión de la colonia Roma y el frasco que decía «el norte».

La estirpe de los cuatro Robertos

coda

En esta familia los nombres no se heredan: regresan. Roberto E., el de la letra sola, que recitaba estaciones como si fueran oraciones. Roberto el del banjo, que le devolvía el compás a lo que lo había perdido. Roberto el de la voz grave, que contaba arcos y decía cada cosa una sola vez. Roberto el de 1966, que recibió el nombre sin tener que pedirlo. Cuatro hombres en fila, como cuatro arcos de un mismo acueducto, cargando cada uno su parte del peso para que el agua pudiera pasar.

Y detrás de ellos, los otros nombres que también volvieron: los dos Valerianos, los dos Casimiros, las Margaritas de los nogales, las Marías del altiplano. Y los que todavía no vuelven porque nadie ha ido a buscarlos: los abuelos de Flora Díaz, los padres de María Durán, los de Leonor Sánchez, el secreto de la E. Son puertas cerradas, pero no con llave. Los archivos de este país están llenos de libros que nadie ha abierto en cien años, y en alguno de ellos, escrita con una tinta que todavía no termina de secar, está la línea que falta.

A Carlos le tocó otro nombre, y con él le tocó otro oficio: el de ir a buscarlos. Un día del otoño de 2026 abrió los archivos y empezó a leer sus nombres en voz alta, uno por uno, desde el más reciente hasta el más antiguo, y a cada nombre le pareció oír que alguien contestaba desde muy lejos: presente. Primero su padre, con la voz grave. Después el banjo. Después el silbido de un tren en Sabinas, el remo en el río de los dos nombres, las campanas bajitas de Cedral, el viento en los nogales de San Fernando. Y al final, más allá de todos los papeles, en el techo de una cueva de Coahuila, unas figuras rojas con los brazos abiertos que llevaban siglos esperando turno. Y una noche de noviembre, la mujer que según esta historia había salido del río recuperó a su padre, a su madre y a sus hermanos, y alguien volvió a decir en voz alta sus nombres: Emilio, Josefa, Marina.

Ahora ya saben que alguien vino a contarlos.

Lo que dicen los papeles

apéndice: solo los hechos, sin humo

PRIMERA GENERACIÓN

Carlos Valero Valdés. Nació el 26 de marzo de 1969 en la calle San Luis Potosí 143, colonia Roma, Ciudad de México. Creció en Sinaloa 186, colonia Roma.

Roberto Valero Valdés. Su hermano. Nació el 7 de octubre de 1966.

SEGUNDA GENERACIÓN · PADRES

Roberto Valero Garcés. Nació en 1931 en San Luis Potosí. Uno de siete hermanos (cuatro hombres y tres mujeres), entre ellos Blanca Estela. La familia se mudó a Querétaro durante su adolescencia. Ingeniero por la UNAM. *Memoria familiar.*

Martha Valdés Díaz. Nació el 17 de abril de 1938 en Piedras Negras, Coahuila.

TERCERA GENERACIÓN · ABUELOS

Roberto Valero Durán. Nació el 19 de enero de 1907 en Ameca, Jalisco (registro civil de Jalisco). Enfermero y músico de banjo, según la memoria familiar.

María Asunción Garcés. Nació hacia 1909 en Cedral, San Luis Potosí. Se casó con Roberto Valero Durán hacia 1929–1930 (índice de matrimonios civiles de San Luis Potosí).

Valeriano Valdés de Luna. Nació hacia 1908. En el censo de 1930 vive con sus padres en Allende, Coahuila.

Flora Díaz. Hija de Emilio Díaz y Josefa Dávila (acta de matrimonio civil, registro parroquial de matrimonio y acta de defunción, Coahuila). Se casó con Valeriano Valdés de Luna entre 1930 y 1938, por lo civil y por la iglesia. Un árbol en línea, sin verificar, la hace nacer hacia 1910.

CUARTA GENERACIÓN · BISABUELOS

Roberto E. Valero y María Durán. Padres de María de la Luz (c. 1905, San Luis Potosí), Roberto (1907, Ameca), Celia (c. 1910, Coahuila) y José Efraín Florencio (c. 1911).

Higinio Garcés. Nació el 11 de enero de 1868 en San Pablo; bautizado en Cedral (registros parroquiales de Cedral). Casado con **Leonor Sánchez**, nacida hacia 1880. Hijas conocidas: Asunción, Juana, Margarita y Consuelo.

Casimiro Valdez. Nació en 1878 en San Juan de Sabinas, Coahuila. Casado el 10 de febrero de 1902 en San Fernando de Rosas (hoy Zaragoza) con **Margarita de Luna**, nacida hacia 1884. Probablemente vivían en el condado de Webb, Texas, hacia 1920. En el censo de 1930, en Allende, Coahuila, con sus hijos Nolberto (c. 1906), Valeriano (c. 1908), Margarita (c. 1914), Alberto (c. 1915), Enriqueta (c. 1917), Casimiro (c. 1919), Berta (c. 1921) y Alfonso (c. 1923).

Emilio Díaz y Josefa Dávila. Padres de Flora. Vivieron en Tamaulipas y después en Coahuila. Hija confirmada por la memoria familiar: **Marina**, nacida en Tamaulipas, casada con Rodolfo H. Albuerne. Hijos muy probables, con los mismos padres en los registros: **Enrique A.** (c. 1888 – 8 de octubre de 1962, Álvaro Obregón, Ciudad de México; casado con Celia Gómez y con María Teresa Cantú), **Velia Ortensia** (nacida en Coahuila, casada con Gilberto Flores), **Leopoldo** y **Emilio** (nacidos en Tamaulipas) y **Bernardo** (murió en la Ciudad de México).

QUINTA GENERACIÓN · TATARABUELOS

Serafín Garcés y Sabina Rodríguez. Padres de Higinio. Bautizaron hijos en Cedral el 9 de mayo de 1858 y el 23 de agosto de 1859.

Valeriano Valdez y Genoveva Espinosa. Padres de Casimiro.

Jesús de Luna y Petronila Galindo. Padres de Margarita.

PUERTAS QUE SIGUEN CERRADAS

Los padres de Emilio Díaz y de Josefa Dávila; la fecha y el lugar del matrimonio de Flora y Valeriano; los padres de Roberto E. Valero y de María Durán; los padres de Leonor Sánchez; el significado de la E.; el lugar y la fecha exactos del matrimonio de Roberto Valero Garcés y Martha Valdés Díaz.

Fuentes de los datos familiares: registros civiles de Coahuila, Jalisco y San Luis Potosí; registros parroquiales de Cedral y de Coahuila; nacimientos de Coahuila y Tamaulipas; defunciones de Coahuila y del Distrito Federal; Censo General de Población de 1930; índices y matrimonios de Coahuila y San Luis Potosí, consultados en Ancestry; y la memoria de la familia. El contexto histórico de cada capítulo procede de las historias municipales de Zaragoza, Sabinas, Cedral y Piedras Negras y de la historia de la migración mexicana a Texas durante la Revolución.

Créditos de las imágenes

Todas las fotografías proceden de Wikimedia Commons; se reproducen reducidas y recortadas para esta edición.

Cubierta. «Panorámica de Real de Catorce». Rafael Saldaña. Licencia: CC BY 2.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Panorámica_de_Real_de_Catorce.jpg

Capítulo I. «Pinturas rupestres de la cueva de San Vicente, Zaragoza, Coahuila». Juan Carlos Fonseca Mata. Licencia: CC BY-SA 4.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Pinturas_Rupestres_de_la_Cueva_San_Vicente_-_Zaragoza,_Coahuila,_MX_-_I.jpg

Capítulo I. «Iglesia en Zaragoza, Coahuila». MikSed. Licencia: CC BY 4.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Iglesia_en_Zaragoza,_Coahuila.jpg

Capítulo II. «Puente rojo del ferrocarril, Sabinas». Leticiapina. Licencia: CC BY-SA 3.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:PUENTE_ROJO_DEL_FERROCARRIL_03.JPG

Capítulo III. «Mexican refugees leaving small boat at Laredo, Texas, after crossing Rio Grande». George Grantham Bain Collection, Biblioteca del Congreso de EE. UU.. Licencia: dominio público. commons.wikimedia.org/wiki/File:Birds-eye_view_of_Mexican_refugees_leaving_small_boat_at_Laredo,_Texas_after_crossing_Rio_Grande_LCCN2016649403.jpg

Capítulo III. «Allende, Coahuila». Juan Solis. Licencia: dominio público. commons.wikimedia.org/wiki/File:Allende_Coahuila_P5150427.jpg

Capítulo IV. «Cactus Forest, Real de Catorce». Adam Jones. Licencia: CC BY-SA 2.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Cactus_Forest_-_Real_de_Catorce_-_San_Luis_Potosi_-_Mexico_(46298252682).jpg

Capítulo IV. «Bird's-eye view of Catorce, Mexico». SMU Central University Libraries. Licencia: sin restricciones conocidas. commons.wikimedia.org/wiki/File:Bridseye_(sic)_View_of_Catorce_Mexico_(38584744444).jpg

Capítulo IV. «Iglesia, Cedral». Estanislado Vázquez Morales. Licencia: CC BY-SA 4.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Iglesia_cedral.jpg

Capítulo V. «Estación Ameca». E. Kondratov. Licencia: CC BY-SA 4.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Estacion_Ameca.jpg

Capítulo V. «Estación de tren de Cedral, San Luis Potosí». Comisión Mexicana de Filmaciones. Licencia: CC BY-SA 2.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Estación_de_Tren_Cedral,_San_Luis_Potosí-_Cedral_Train_Station,_San_Luis_Potosí_(8492978384).jpg

Capítulo VI. «International Bridge, Mexico–U.S.». SMU Central University Libraries. Licencia: sin restricciones conocidas. commons.wikimedia.org/wiki/File:International_Bridge,_Mexico-U.S._(29695753900).jpg

Capítulo VII. «Acueducto de Querétaro». Pabloangulo84. Licencia: CC BY-SA 3.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Acueducto_de_Querétaro_2.JPG

Capítulo VII. «Casa en avenida San Luis Potosí, colonia Roma». ProtoplasmaKid. Licencia: CC BY-SA 3.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Casa_en_Avenida_San_Luis_Potosí_-_Colonia_Roma.jpg

Capítulo VII. «Calles de la colonia Roma». Gladysgara. Licencia: CC BY-SA 4.0. commons.wikimedia.org/wiki/File:Calles_de_la_Colonia_Roma.jpg

El árbol y el mapa fueron dibujados para este libro.



Esta historia casi verdadera se compuso en Lora y TeX Gyre Pagella
en noviembre de 2026, para Carlos Valero Valdés,
con los papeles que se encontraron y con los que todavía faltan.